

La historia acuciante

Xosé A. Neira Cruz

Escritor y profesor de la Universidad de Santiago de Compostela. Entre los años 2000 y 2004 formó parte del comité ejecutivo de IBBY. De 2002 a 2004 fue presidente del jurado internacional del premio IBBY Asahi Reading Promotion. Es director del área infantil y juvenil de Editorial Galaxia y director de la revista de IJ *Fadomorgana*. Ha sido nombrado comisario del 32º Congreso Internacional de IBBY, que tendrá lugar en Santiago de Compostela en 2010.

Entre la página en blanco y el escritor media una tradición. Entre la página impresa y el escritor ha habido un proceso de búsquedas y renunciaciones, de reflexión, lecturas y aprendizajes. En pocas ocasiones podemos ser partícipes de ese tramado de experiencias, sentimientos y pensamientos que se desvanecen una vez que la obra ha llegado a las manos del lector. Xosé A. Neira Cruz reúne las cualidades de ser un escritor con voz propia, un lector con asentado criterio y un profesor de notables habilidades expositivas pero, sobre todo, destaca en sensibilidad, inteligencia y agudeza. En Cartas de navegación tenemos la oportunidad de contar con un excelente guía que nos conduce por las arduas y apasionantes rutas de la creación literaria y con la ilustradora Teresa Novoa que, en uno de sus registros menos conocidos y más personales, recoge en grafito las vicisitudes de este viaje.

Ayer asistí, una vez más, al milagro de la palabra. A ese misterio del cuento que nos congrega y nos anima, más que nunca, a escucharnos. Siempre que asisto a alguna de estas reuniones tejidas alrededor de la narración o de la poesía, compruebo, con alivio, que a poco que lo pretendamos, a poco que nos dejen, seguimos teniendo grandes cosas que decir, grandes cosas que escuchar, y mantenemos intacta la capacidad de asombro ante la palabra. A pesar del embotamiento general y de la mudez. El milagro de ayer fue tejido por Lola, una librera que mantiene con tesón el entusiasmo por las historias en Aenea, una librería en pleno centro de Santiago de Compostela. Ser librero sigue siendo una heroicidad. Siempre lo fue, pero parece que cada vez lo sea más. Sin embargo, las librerías, algunas al menos, siguen manteniéndose como cotos aparte, islas del tesoro, espacios de reencuentro.

Ayer, de nueve de la noche en adelante fueron sucediéndose varias horas en las que el cuento, el canto, la palabra recitada, la música de la oralidad, el texto interpretado, el libro, se fueron dando la mano ante un auditorio numeroso en el cual no parecía cundir el menor atisbo de intranquilidad o prisa. El drama de la sociedad que no lee se hacía añicos entre aquellas paredes. Todos éramos lectores, amantes de la palabra, y la literatura flotaba en el ambiente. ¿Podría ser esto algo más que el sueño de una pequeña minoría? Estoy convencido de que, a poco que lo intentásemos, a poco que se practique, sí. Hay razones, pues, para la esperanza. Todavía.

En esa reunión yo me tenía que encargar de presentar un libro de la contadora y escritora Charo Pita. Charo y yo nos conocimos una hora antes del encuentro, en una cafetería, pero su libro *A la sombra*

del cuento, me la había revelado semanas atrás. No éramos desconocidos. Formábamos parte del mismo clan. Para esa presentación yo escribí un texto que leí en voz alta. En dicho texto había una dosis de reflexión sobre la lectura, una dosis de creación alrededor del arte de contar y, por supuesto, una dosis de presentación de un libro que me había gustado. Tres dosis en una cucharada repleta de palabras.

Al terminar, una mujer se me acercó. No nos conocíamos, pero en sus ojos identifiqué de inmediato las credenciales de ciudadana con pasaporte de la República Libre de la Literatura. “¿Cómo lo haces –me espetó–, cómo consigues sacar una historia fuera?”. Había urgencia y dolor en aquella pregunta. La necesidad de saber hacer lo que uno no es capaz de conseguir. Y la consiguiente confesión: “Hace años que intento lo mismo. Tengo una historia que contar. Al menos una. Pero las palabras no me asisten”.

Como a casi todos, me emociona la emoción ajena, ese regalo de intimidad ofrecida que se brinda a través de una mirada brillante de expectación. También me emociona haber emocionado con un texto mío. Más allá de cualquier otro sentimiento humano –vanidad, satisfacción, autocomplacencia–, me embarga, en esos casos, la emoción. Quizás porque sigo entendiendo como un regalo que alguien lea o escuche mis textos y se deje tocar por ellos.

Estuvimos hablando un rato y advertí –como he advertido a veces en mí mismo– que la incapacidad de contar, de verter sobre un papel una historia que la poseía, era un problema para aquella mujer. Se estaba convirtiendo en una especie de impotencia con forma de caparazón. Dado que no podía echarla fuera, la historia iba creciendo en su interior, adquiriendo más y más tamaño, hasta envolverla por completo. De algún modo, ella ya era una habitante de aquella historia no narrada, un personaje más en busca de libro que se resistía a nacer. Porque he vivido y sigo viviendo a veces esa especie de frustración del que quiere contar y no puede o no

sabe cómo hacerlo, reconocí su dolencia sin necesidad de prolongar el recuento de los síntomas mucho más tiempo. Pero no era yo el sanador

te sugieran callar. Como si el silencio fuera más improductivo que la cháchara sin fundamento. Hablar, decir, en esta sociedad con terror al silencio, es de algún modo existir. Escribir, aún para algunos, es mejor que leer, como un paso más. Como si leer no fuera, por sí solo, un ejercicio completo de comunicación, el gran ejercicio. En lugar de evidenciar la posible contrariedad, la mujer sonrió. Entre sus labios efectivamente había una historia. Esa clase de historias que, a pesar de que muchos se empeñen en demostrarte lo contrario, tiene que existir. “Debo contar esa historia para descansar”, dijo con un hilo de voz al final de hiel de su sonrisa sin fin.

Creo que fue la primera vez que esa mujer desconocida le enseñaba a un desconocido como yo el inicio del ovillo de donde todo puede proceder. Así lo entendí, por la confusión que en sí misma produjeron aquellas palabras, confusión revelada a través de cierto rubor. No se lleva andar con un caparazón a cuestas, no cotiza al alza en las revistas de moda. Pero muchas veces es así: hacemos las grandes revelaciones de nuestra vida a quien nada sabe de nosotros. En este caso, la revelación fue recíproca. Al tiempo que me hablaba, la mujer se contaba una razón para escribir.

No sé si al llegar a casa, cansada pero expectante, esa persona abrió una pantalla de ordenador o un bloc de notas para empezar a dar forma a su historia. Quizás lo está haciendo ahora, mientras yo relato el encuentro entrañable con una anónima poseída por la necesidad de contar. Quizás no lo haga nunca. En todo caso, la puerta de entrada a la literatura está señalada en su vida. No por mí ni por mis torpes comentarios. No por ella y su afán inexplicable de colocar palabras, una después de otra, hasta conseguir una unidad con sentido y sentimiento. La puerta de entrada está señalada por una necesidad incluso preexistente. Sólo hacemos lo que hacemos, lo que mejor sabemos hacer, por la imperiosa necesidad de llevar a cabo esa tarea acuciante. Que nos acucie una historia hasta no dejarnos descansar es el mejor comienzo de cualquier relato que un día, quizás, se convertirá en libro. ◀▶



Cortesía de Teresa Novoa

capaz de ofrecer la solución, la fórmula mágica que haga que fluyan las palabras de nuestro interior sin dificultad. De pronto, formulé una pregunta que a veces me he hecho y me hago. “¿Por qué quieres contar esa historia? ¿Por qué es necesario que la cuentes?”. Hay historias que surgen para no nacer. Como hay amores que jamás se realizarán, o sueños que quedarán para siempre inalcanzables, o utopías tozudamente tocadas de irrealidad. ¿Para qué empeñarse en hacer nacer lo que no quiere nacer?

Sabía que mi respuesta-pregunta podía no ser del agrado de mi interlocutora. No gusta que, en lugar de animarte a hablar,